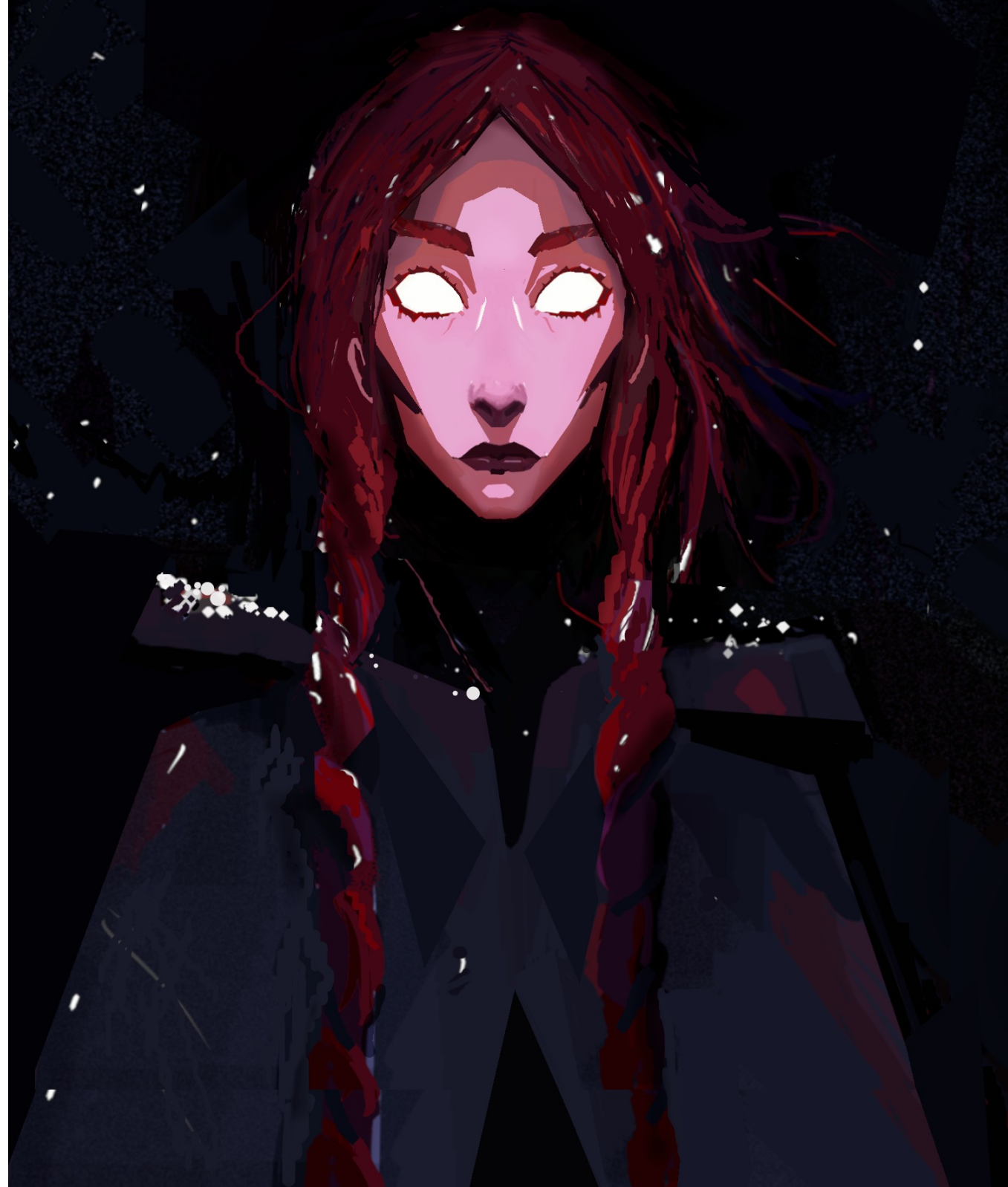


ASHA



CAPÍTULO PRIMERO

Era aquella noche eterna y estrellada, la luna dominaba en lo alto y más que satélite subordinado parecía potente estrella de augurio aciago, su semblante tan rojo como la ira de Marte y su brillo tan siniestro como el de la sangre recién derramada.

Precipitada desde olvidada morada, con el vértigo de una antorcha a los abismos arrojada, nuestra doncella ensangrentada en aquel sitio vino a despertar y fue como si se abriera un retoño en medio del hielo, pues así se encontraba su grácil figura, asolada por el cruel invierno que arreciaba, cubierta de nieve y escarcha de pies a cabeza, todo el cuerpo entumecido y la mente con solo un atisbo de entendimiento.

Sobre el suelo yacía acurrucada e inadvertida pasaría ante muchas miradas, pues ni por ancha ni por espigada su figura destacaba.

Así menuda, delgada y recogida yacía con las manos cruzadas sobre el cuello entre las altas hierbas congeladas y permaneció en la oscuridad largo tiempo, pues todo movimiento, incluso el solo un parpado levantar, sentía como si fuera una ardua tarea, mas cuando por fin pudo romper aquella gélida resistencia la lúgubre escena fue tenuemente iluminada, pues sus ojos eran como verdaderos luceros que ardían y brillaban como dos ascuas doradas.

Descubrió que sobre el lugar donde yacía se extendía cual cruento espejo una gran poza de sangre, contempló su rostro ondulante reflejado en aquel escarlata derramado y su aspecto le pareció algo incierto aunque cual paradoja extrañamente familiar, como si aquel rostro trajera las marcas de una memoria esquiva.

Sus facciones, delicadas, mas cortantes y angulosas, sugerían abiertamente un carácter beligerante. Los colores de tanta fuerza que tenían parecían violentos. Los ojos grandes, amarillos y brillantes. La tez de blancura casi espectral, mas sin dejar de parecer material, como si fuera hueso o marfil. Enmarcaba aquel retrato una larga cabellera que en dos trenzas a cada lado caía ordenada y era esta tan roja como la ominosa luna que desde lo alto vigilaba.

Se estudió absorta unos instantes y toco la superficie del liquido espejo con un dedo congelado, la sangre estaba tibia y sintió que un escalofrío le recorría la espalda, decidió incorporarse, mas cuando pudo mantenerse en pie se encontró en medio de una extensa planicie tapizada de altas hierbas, mas no era esta tierra por completo abandonada, sino que de cada tanto en

tanto se alzaban túmulos y lápidas y hasta donde la vista alcanzaba se extendía el mortuorio sembradío.

Sintió angustia en el corazón pero todavía no retornaban por completo a ella ni la consciencia ni la razón, por lo que solo siguió contemplando el lúgubre escenario embobada en su funesta extensión, de pronto un sonido hirió sus tímpanos con la misma sutileza de una daga emponzoñada. —¡Cwaaaak!

El chirriante graznido la terminó de extraer de su profundo letargo, giró lentamente sobre sus talones con los puños apretados contra los oídos y ahí lo halló, perchado desde uno de los alargados huesos de un solitario y extinguido esqueleto arbóreo, la contemplaba el Cuervo.

Este parecía más negro que la noche y como con ojos que recordaban el cristal tallado, ella permaneció en silencio observando al animal y sentía que este le devolvía la mirada pero con desprecio.

El cuervo, como si tuviera por misión en la vida, ser cuán molesto pudiera (pensó en aquel momento la joven), volvió a graznar y graznar sin descanso de una manera cada vez más insoportable.

La muchacha tuvo que volver a cubrirse los oídos mientras buscaba en el suelo alguna piedra que arrojar contra el ave, a la que juzgaba peor que una peste, pero luego de un momento algo realmente extraño sucedió, pues los sonidos que emitía el animal se asemejaban cada vez más a una voz humana, hasta que por fin se aclaró el gazzate y habló con voz chillona aunque inteligible.

—¿A donde vas? Pequeña, ¡Cwaaaak!

—No voy a ningún lugar —Musitó la joven entre dientes casi ignorando a la molesta ave y sin dar mayor importancia a la capacidad de habla de su interlocutor pues estaba todavía su atención más centrada en encontrar una buena piedra, pero pese a que la muchacha habló en voz baja el cuervo pareció escucharla sin problemas.

—¿Y de donde vienes niña? ¡Cwaaaak! ¡Cwaaaak!

—¡No lo sé! —escupió la joven, exasperada, pues cada pregunta del animal y su chirriante sonido, la predisponían, cada vez en menor medida a entablar con aquél ser cualquier especie de diálogo.

—Pues mira que no sabes mucho y es muy peligroso eso de andar por ahí de ignorante ¿Tu nombre cuál es? Al menos eso debes de saber, ¡Cwaaaak!

—Asha —tardó un momento en contestar, pues ahora se encontraba obligada a sopesar las aseveraciones del cuervo. Era cierto, su mente parecía como una tabla rasa con apenas solo algunas impresiones vagas flotando sin orden aparente.

—¡Asha! ¡Cwaaaak! ¡Cwaaaak! Me gusta, ¿Y por qué te llamas así, pequeña?¿Como has terminado en estos campos? —dijo el ave mientras daba pequeños saltitos en la rama, como si tratará de esquivar el frio que se colaba por entre sus ajadas plumas.

—No lo sé... solo sé que me llamaban así...en...

—¿En donde pequeña? ¿En donde? ¡Cwaaaak! ¡Cwaaaak! ¡Cwaaaak!

Asha se llevó nuevamente las manos a los oídos para amortiguar el sonido que ahora la angustiaba y parecía herirle la misma consciencia.

—No lo recuerdo, es como me llamaban mis...mis..., no lo sé, no puedo recordar nada más,— dijo mientras miraba al ave con una ira que crecía al examinar la figura contrechada y desorganizada del viejo animal, entonces llena de ira y profundamente ofendida le contestó, —¿No haz de decirme también vuestra gracia? ¿y de donde vienes y a donde vas cual heraldo del panteón de lo molesto? o al menos respóndeme esto ¿Por que he yo de dar explicaciones a un animalejo? Grajo que parece estropajo, ave esperpenta, por mas bestia de cuento encantado que seas, que solo hablas por mal portento, se vé que eres viejo y además ladino, seguro intentas sacar provecho de los desorientados que por este campo de muertos deambulan.

El cuervo impasible mantuvo la mirada clavada en la joven, mas luego de un instante giró mecánicamente la cabeza como con desdén y continuó, —Tienes razón, pero solo en que en un campo de muertos y bien desorientada te encuentras, no es por casualidad el que estemos aquí conversando tan animadamente, tengo un mensaje para Asha. Asha la de ningún lado, lo tengo aquí, en el recoveco del ala. Un segundo y habremos terminado ¡Cwaaaak!

Entonces Asha observó como la vetusta ave extraía con graciosa naturalidad un sobre que guardaba entre el plumaje.

—¿Quien la envía? —inquirió Asha desconcertada.

—No tengo obligación más que la de entregarte esta carta niña, hartos ya he tolerado, —dijo el cuervo y una vez hubo terminado dejó caer el objeto sobre el suelo helado y remató con un: — ¡Adiós Asha, la de ningún lado! ¡Cwaaaak! ¡Cwaaaak! ¡Cwaaaak! —Mientras emprendía el vuelo.

—¡Espera!— gritó Asha incrédula de que el ave la abandonara sin mediar más diálogo —¡Por favor, no se donde estoy!— rasgó con un grito el aire pero los burlescos graznidos ya se perdían en la distancia.

Caminó hasta el lugar donde la carta reposaba, el envoltorio era de color marrón y estaba sellada a lacre, en el sello figuraba el relieve de un blasón, un corcel rampante enmarcado por cuatro torres, Asha lo estudió un instante pero aunque no pudo identificarlo o asociarlo a algún recuerdo, no obstante, le pareció familiar. Con dedos temblorosos rompió el sello y extrajo una pequeña hoja, se alegró de reconocer las formas de los caracteres y leyó con detención:

“Camino hacia el norte se encuentra la puerta plateada.”

Los brillantes tizones no paraban de releer el exiguo mensaje y sus manos se aferraban al papel al punto que comenzaban a rasgarlo.

Poseída por la ira gritó a la noche contra el cuervo maldiciéndolo a él y a toda su estirpe y tras algún tiempo casi toda cosa alada una porción de su ira se había llevado, mas luego cayó al suelo súbitamente de rodillas y se aferró el pecho con dolor mientras se llevaba una mano a la garganta, pues realmente sentía que se quedaba sin aliento, como si el helado aire le hubiera sido por invisible mano de sus pulmones arrebatado.

Entonces una visión la asaltó consumiendo sus sentidos.

Se hallaba en un establo y el sol recién despuntaba, estaba empapada y rodeada de gente extraña. Los contemplaba asustada desde un rincón sentada sobre el piso, de pronto una fuerza la puso en pie como quien levanta del suelo algo que se le ha caído del bolsillo.

Vio a una mujer joven que le pareció bastante hermosa, lujosamente vestida y adornada. La mujer se tardó un momento y regresó sosteniendo un centelleante collar, una joya escarlata que parecía emitir una pavorosa sensación. La escena comenzó a volverse difusa, ¿Acaso estaba llorando?

La mujer comenzó a acercarse con lentitud, su rostro felino una máscara de cruel deleite.

Cuando estuvo a un paso le sostuvo de la barbilla de forma que sus miradas se encontraran, la estudió por algunos instantes, ahora con expresión curiosa, mas de pronto estalló en una carcajada que hizo relinchar salvajemente a los animales y sobre el establo y en la distancia se escucharon también aleteos y graznidos. Alguien jaló de sus cabellos obligándola a fijar la vista en el techo, los rayos del sol se colaban por entre el entablado, Asha contempló extrañamente absorta las partículas de polvo que parecían destellar.

De pronto todo comenzó a temblar y la visión a oscurecerse, la mujer le susurró algo al oído, pero Asha no pudo comprender que le decía.

Regresó al escarchado páramo desconcertada, sin conseguir respirar aún y ahora encontrándose por el mismo suelo zarandeada. La luz de sus ojos perfiló una escena aterradora pues veía como a la sombra de una ornada lápida, la tierra helada comenzaba a ceder, como si algo luchara por abrirse paso hasta la superficie, la joven en su asfixia pensó que deliraba.

La tierra continuó agitándose con violencia como si quisiera liberarse del yugo del invierno, luego de algunos momentos llegó al cenit de su convulsión y entonces una mano rígida, pálida y azulada asomó por entre la hierba y el repentino sismo cesó de improvisado, entonces Asha, ahora casi desfalleciendo, contempló como un cadavérico caballero, todavía bien ataviado para romper

lanzas y con los signos de aquellos que creen que el orgullo les viene por linaje, de aquella tumba comenzaba a emerger lentamente, hasta quedar en pie sobre la fría tierra.

Su sombra, como la de un gigante, la cubrió por completo.

La apariencia del difunto era dispar, pues su carne daba la impresión de que muchos años bajo tierra ya llevaba, mas todo lo que tenía puesto lucía tan nuevo como si del mismo día de su funeral se tratara.

Tibias lágrimas cortaban el frío de las mejillas de nuestra ensangrentada doncella mientras esta frenéticamente se revolcaba.

¿Acaso era posible morir así? ¿Qué le estaba sucediendo realmente? En medio de la espiral de absurdo y desconcierto en que parecía haber mudado su existencia ¿Sería este un “misericordioso” fin a su fugaz y caótico paseo?

El mortuorio caballero levantó con esfuerzo la mirada. Donde debían de estar los ojos, solo dos cuencas negras como pozos, examinaron a la joven.

—¿Por qué me has despertado?—preguntó con voz sibilante y entrecortada el cadáver.

Asha, agónica y solo por reflejo intentó responder, y comprobó entonces al mismo tiempo que el aire había decidido volver a morar en su ser.

Inhaló con todas sus fuerzas sin poder otra cosa más por buen tiempo hacer, mas al fin junto valor y logró articular palabra.

—Disculpad, deben de haber sido mis gritos, no era mi intención interrumpir vuestro sueño, —pronunció, todavía agitada.

—Ya veo —dijo el cadáver sin moverse un milímetro. Asha observó que los brazos colgaban inertes y no parecía haber nada amenazante en su postura.

—No fue la fuerza de tu voz, mas la ira que ella contenía lo que me ha despertado, dime ¿Qué te han hecho? ¿Estás sangrando?— la voz del caballero comenzaba a sonar algo más articulada y denotaba sincera preocupación.

Asha al examinarse los cabellos y la ropa comprobó que en realidad estaba cubierta de sangre, mas al palparse en busca de alguna herida comprobó que su carne no tenía mella alguna.

—No estoy herida, caballero de insigne sepultura, mis gritos no eran de dolor...sino que de... indignación —prosiguió dubitativa y temerosa cual fuera una niña — y en seguida agregó con ostensible desconsuelo —no recuerdo nada, ni de donde vengo ni quien soy, solo se que mi nombre es Asha y que me han dejado un mensaje, pero este resulta tan escueto que parece que alguien se deleita en mi ignorancia.

El caballero estudió a Asha por un buen tiempo antes de volver a hablar.

—Doncella ensangrentada y de ojos de farol, por favor escuchadme con atención, yo mismo no sé cuanto tiempo llevo muerto y sepultado, no se si contar en días o décadas o si acaso ya van siglos y tan solo una fracción de lo que fui anima esta decrepita morada que ahora tienes en frente, mas tú luces sana y no poco animada, no estés tan amarga, vuestra ánima parece incólume. No ha de ser por azarosa circunstancia el que nos hayamos aquí encontrado y si esto ha sucedido, entonces debemos al menos dialogar un momento, hasta que os calméis y quizá de esta forma alguna ayuda os pueda brindar.

Asha pestañeó varias veces, asintió enérgica a la propuesta de su lúgubre interlocutor y replicó

—Me parece que lo que dices es bueno y acertado y aunque como os he dicho, poco y nada entiendo, mas agradezco vuestras palabras y acepto vuestra invitación a dialogar, como acepto el aire que ha vuelto a mis pulmones. Pues no perdamos más tiempo entonces y examinemos mi dilema, que es que no sé quien soy, al menos sobre vos se aprecian algunos rasgos que os distinguen y perfilan, vuestra lápida está muy adornada con lo que deben de ser las armas de vuestra noble casa, además os han enterrado con yelmo cota y espada, así no cuesta nada ver que de la guerra habéis hecho profesión, si queréis os digo que eras antes de cederos la palabra, fuisteis soldado mas también señor, pero yo no llevo seña alguna que arroje luz sobre mi identidad. Antes en una charca de sangre mi reflejo he contemplado y aunque supe que no era otra, me pareció este tan extraño que pensé que no era hija de hombre la que me devolvía la mirada, sino alguna fiera que despertaba, de todo esto por favor decidme lo que piensas, pero antes decidme vuestro nombre, puesto que vos ya sabéis el mío. ¿Recordáis el tuyo?

—No lo recuerdo doncella, pues he de confesarte que esa es parte de mi castigo, yacer enterrado en este páramo de sombras atormentado por el recuerdo de mil desgracias que estas manos causaron, prodigas en segar vidas y para colmo por falsa gloria. Por eso he terminado aquí y esto es todo lo que resta de mi existencia y aunque recuerdo los campos, las heridas y los muertos, no conservo nombre alguno, ni propio, ni de aliado o de enemigo.

Si a ti te intriga quien eres a mí el cómo fue que pude vivir así.

Asha enfocó su áurea vista y seguidamente pronunció con desaliento,— vuestra lápida es hermosa mas no son armas de familia lo que la adorna, pues son muchas, sino que ¿Serán honores? Hay tantos detalles que ni siquiera se lee vuestro nombre.

—Alguien como yo no merece nombre para los siglos, ni casa que le recuerde, pues por mal orgullo estoy aquí y al menos en el olvido soy humilde a fuerza de las circunstancias —dijo el caballero de forma pavorosa, pero pareció que no quería ahondar en el tema pues rápidamente continuó —Habéis hablado de un mensaje.

Asha asintió y recitó la frase —camino hacia el norte se encuentra la puerta plateada.

Una carcajada quebrada y rasposa desconcertó a la muchacha —¿Que os causa gracia?

—Preguntó esta algo incomoda.

—Recuerdo una canción que cantábamos de niños, mientras competía corriendo con otros, a ver quien llegaba antes hasta la cima de la colina cuando comenzaba el atardecer.

—¿Recuerdas la letra? —inquirió expectante la muchacha.

—“Carrera del bosque, camino hacia el norte, con la última luz del ocaso, quitan las hadas sus cerrojos y descorren sus cortinas”, no recuerdo más, ni siquiera los rostros de los niños con los que jugaba, aunque si recuerdo que casi siempre ganaba.

—¿Hadas?¿Es que existen tales cosas? —dijo escéptica la joven luego de un momento.

—Hoy os habéis enemistado con un cuervo y ahora hablas con un penitente que se ha arrastrado fuera de su tumba. Mas no creo que este mensaje se trate de algo que se ha de entender de forma literal.

Asha guardó críptico silencio durante un instante, mas luego solicitó —Noble soldado, deseo que tus días en este páramo sean breves, harto ya me has ayudado y por eso quisiera que ahora por tal causa tu espíritu encuentre mayor reposo, mas si aún me puedes ayudar en algo, señaladme hacia donde se encuentra el norte, pues por falta de otro indicio aquel punto me veo forzada a seguir.

—En eso me temo que también soy ignorante ensangrentada doncella, lo siento pero tendrás que encontrar otra manera de orientarte. Mi fuerza se acaba y mi carne desea regresar a la tierra helada, pero en cambio os daré un consejo y también un obsequio que creo que os será de agrado.

Al escuchar aquellas palabras Asha se sintió desilusionada pero guardó alguna esperanza en lo que el caballero habría de decir y dar antes de regresar a la tumba.

—Os escucho con atención.

—No maldigas más doncella, ni al cuervo ni a cosa alguna, la próxima vez puede que el aire decida no volver a morar en tu ser, te lo dice alguien que no termina de morir, atormentado y sin saber por qué. De lo que me habéis contado creo que alguna verdad he sacado, así como ya haz conocido mi castigo y mi pecado, reconozco que también tú estás bajo alguna pena o tienes un trabajo importante por delante, esa debe ser la razón de por que hasta aquí has llegado, mas veo que estás a tiempo de remediar lo que haga en falta, esto lo creo de corazón y si quieres bajo juramento pues lo veo en tus ojos, aunque he de decir también que sombrío y extraño vuestro destino me parece.

—Cuidaré de no maldecir y no pido juramento para fe vuestra.

—Entonces por favor acercate para que os pueda entregar esto.

Con pesados movimientos el caballero desenfundó una de las armas que llevaba atada al cinto, una hoja extraña para un hombre de su porte, pues aunque era un buen estoque parecía hecho para alguien de complexión mucho más pequeña y ligera, y aunque era objeto sencillo y recatado de estilo, saltaba a la vista la excelente hechura y el terrible filo.

Asha temerosa ahora de acercarse, lo hizo no obstante se le aceleraba el corazón con cada paso.

—Haced favor de poner una rodilla en suelo. —La voz del caballero sonaba cansada pero solemne cuando este juzgó que la muchacha se encontraba a la distancia adecuada.

Asha intentaba no mirar directamente al rostro del penitente, pues este parecía tan solo hecho de piel y hueso, mas no presentó oposición y aprovechando que ponía rodilla en tierra clavó también la mirada en el piso, mientras esquivaba imágenes de su cabeza rodando por la hierba al ser violentamente traicionada.

—Toma esta arma para que te cuides en el camino de aquellos que te quieran dañar, no la desenvaines a menos que debas a alguien socorrer o estés en peligro. Será esta hoja tu compañera, y ahora que la observo luce como si hubiera hecha para vos. —El caballero calló un instante, una ráfaga congelada arreció como si demandara mayor celeridad. Tocó entonces con la hoja del estoque ambos hombros y la cabeza de la joven y prosiguió.

—Levantate joven doncella, perdida y ensangrentada, yo os llamo Asha, Reina de este Páramo Infernal, ve y enmienda todo aquello que encuentres torcido, y si así cumples vuestra misión o castigo, entonces vuelve aquí y reza junto a esta lápida sin nombre, para perdón de los pecados de este pobre muerto.

Un trueno sonó en la distancia y el cuerpo del caballero volvió a deslizarse de vuelta a su cripta. Mientras Asha se ponía en pie dio un solo pestañeo y de inmediato comprobó que el suelo parecía intacto, como si nunca algo lo hubiera traspasado.

No obstante, la recién nombrada reina de aquel gélido páramo comprobó que sobre la tierra que se extendía a los pies de la ornada sepultura, en honor de la palabra empeñada, yacía enfundado el estoque obsequiado.

